

la generación educada por los jesuitas: á medida que la reacción avanza, las tinieblas se difunden y las reliquias prosperan. Los papas, como es justo, dan su apoyo á esa recrudescencia de la superstición; por eso Gregorio XVI declaró privilegiado el altar en donde estaba depositada la túnica de Nuestro Señor. Esto es singular, pero un poco embarazoso: León X reconoció formalmente la túnica de Tréveris, como la que Santa Elena había mandado depositar en la catedral, y Gregorio XVI dice que la túnica de Argenteuil es la verdadera túnica sin costura. ¿Cuál de los dos infalibles se engaña? ¿Á cuál de los dos hay que creer? No hay más que una túnica sin costura, y Roma declara que hay dos, y lo que Roma declara es la verdad. Hay, pues, dos, y no hay más que una. Hé ahí cómo los vicarios de Dios ilustran á los fieles (1).

III

Roma, la ciudad de las osamentas, la mina de las reliquias, no podía menos de tener entre sus tesoros la túnica sin costura de Jesucristo. En efecto, se ha encontrado una túnica depositada en la catedral de la cristiandad, en San Juan de Letrán. Los papas pueden invocar una tradición por lo menos tan respetable como la de Tréveris y Argenteuil. El gran Constantino fué el que construyó el Letrán y el que trasladó á él la túnica sin costura. Por de pronto, nuestra dificultad se hace insuperable. ¿Cómo! ¿No es una especie de dogma el hecho de que Jesús no tuvo más que una túnica, la cual creció con él? ¿No es también hoy día un dogma el que el Papa es infalible en materias de religión y de moral? Pues bien; en 1514 León X, que tenía á su vista la única túnica sin costura, reconocía la túnica de Tréveris por la única túnica sin costura; y después, en 1843, Gregorio XVI, que conservaba la túnica santa en Letrán y que sabía que León X había certificado la autenticidad de la de Tréveris, expide igual certificación á favor de la de Argenteuil. Tres túnicas, cuando no hay más que una: tres túnicas igualmente auténticas por declaración de los infalibles.

(1) Acerca de la túnica sin costura de Argenteuil, véanse á GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, p. 60-72. —DOM. GERBERON, *Histoire de la sainte robe sans couture de Notre-Seigneur Jésus-Christ*, 1667. —GUBERIN, *la Sainte Tunique d'Argenteuil*.

Los defensores de las reliquias de Tréveris y de Argenteuil inspiran lástima. El uno olvidando que él mismo ha sostenido que no hay más que una túnica, pretende que la de Roma es una pequeña túnica, mientras que la de Tréveris, que mide cinco pies y medio, es naturalmente una *gran reliquia*. Otro dice que León X, al reconocer la túnica de Tréveris, ha renunciado implícitamente á las pretensiones de Roma; el desventurado no ve que hace un torpe agasajo á los papas. ¡Cómo! ¿confesarían que su reliquia de Letrán no es más que un viejo jirón, y habrían de dejar ese jirón entre las otras santas reliquias, la sangre de Jesucristo y su envoltura! ¡Habrían de engañar á los fieles en vez de ilustrarles! ¡Habrían de engañarles por sólo acaparar sus ofrendas! Y después ese imprudente apologista, que es profesor episcopal de Tréveris, ¿no ve que está abogando por la reliquia rival de Argenteuil? Si León X ha podido relegar la túnica sin costura de Letrán allá entre las antiguallas para enaltecer la de Tréveris, Gregorio XVI ha podido desechar la de Tréveris para complacer á la de Argenteuil (1).

Pero no para aquí la explotación de la bestialidad humana. España tiene también su túnica sin costura, más antigua que la de Tréveris, y atestiguala también por bulas pontificias. Maguncia tiene también su túnica, anterior á la gran reliquia de Tréveris, legalizada por un legado del papa. Hay otras esparcidas por diversas partes del mundo católico. Nosotros añadiremos que en Constantinopla se conserva muy religiosamente una túnica ó manto de Mahoma; es también una túnica resucitada; y siendo milagrosa en su origen, se concibe que tenga el don de hacer milagros, lo cual produce esta singularidad: que el manto de Mahoma tiene un poder más grande que tenía el profeta, el cual no quiso nunca pasar por fautor de milagros, sino por un simple mortal. También Jesucristo despidió desdeñosamente á los fariseos que le pedían milagros; por lo visto, su túnica es menos desdeñosa y los hace á centenares. Hé aquí una admirable analogía entre las dos revelaciones, con esta diferencia: que los musulmanes no se sirven del manto de su profeta para explotar la credulidad humana; esa misión estaba reservada á la

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier* páginas 75-77.

Iglesia, Nuestra Santa Madre, que se llama Esposa de Dios, y al papa, que es su vicario infalible.

N.º 3.—*El fraude piadoso y la expiación.*

I

Á despecho de las veinte túnicas sin costura, igualmente auténticas, uno de los historiadores modernos de la reliquia de Tréveris dice: "Sólo nuestra Iglesia posee ese precioso tesoro, que es, por decirlo así, la *herencia temporal* que Jesucristo ha dejado á los hombres, una prenda visible y permanente de su eterno amor, la cual no es dado tener ante los ojos," (1). ¡Qué concepto del cristianismo! ¡Llamar *herencia* de Jesucristo á un viejo harapo que, á pesar de la bula de León X, no puede ser auténtico, puesto que la pretendida túnica sin costura no es más que una invención del cuarto evangelista! ¿Por ventura Jesús, al enviar á sus apóstoles á predicar la *buena nueva*, les dijo que les dejaría, como muestra de su cariño, el pobre vestido que le cubría? Cuando instituyó la cena, ¿acaso les dijo: Yo os dejaré mi túnica como recuerdo del amor que os he tenido y que tengo á los hombres? ¿Les dijo que adorasen un pedazo de lino ó de lana?

¡Hé ahí el catolicismo! La *herencia* del Hijo de Dios la ve en los trapos que envolvían el cuerpo del Dios-Hombre. Y como castigo divino de esa idolatría, resulta que la *herencia* está fundada en títulos falsos. ¿Qué se diría de un hombre que fraguase documentos para apropiarse una finca en calidad de heredero? Sería llevado ante los tribunales y purgaría su culpable codicia en un presidio. Pues las gentes de iglesia forjan falsas reliquias, como forjan una falsa tradición para hacerlas valer, y esas falsificaciones tienden á consolidar su poder y á sacar dinero á los incautos. Y á lo sumo, cuando se les sorprende en flagrante delito, se le llama un *piadoso fraude*. Nosotros hemos calificado esa fraudulosa piedad de crimen. Ha habido un tiempo de tinieblas intelectuales y morales en que hombres piadosos convencidos de la verdad de un dogma, de un milagro ó de una reliquia, no tenían escrúpulo alguno en forjar pruebas en apoyo de su creencia. Pero la conciencia moderna es

(1) CASPARI, *Geschichte der heiligen Rockes*, p. 6.

más severa, y aparte de que la ciencia histórica no permite ya creer en muchas de las cosas que creían nuestros antepasados, tampoco admitimos ya la máxima de que la santidad del fin justifica los medios. La reacción católica ha vuelto á la superstición y á la moral poco escrupulosa de la Edad Media. Pero ¿tiene la buena fe que entonces servía de excusa á los piadosos fraudes? ¿Es posible la buena fe en presencia de los hechos ya contrastados por la historia? No; la reacción católica no puede aspirar ni á ciencia, ni á moralidad, ni á buena fe.

Lo más vergonzoso que hay en esa obra de tinieblas en que la ignorancia se da la mano con la inmoralidad es que aspira á obcecar los entendimientos por interés de dominación y de lucro. En otro tiempo, los doctos católicos rechazaban con indignación las falsas reliquias é increpaban á los que hacían de ellas oficio y mercancía; la frase no es de hoy día. Se desconoce á la Edad Media al creer que la piedad inspiraba á todos aquellos que forjaban leyendas ó actos para apoyar en ellas una fe sincera. Tenemos en contra de eso el testimonio de Guibert, abad de Nogent, el cual esparce una luz siniestra sobre la moralidad de los piadosos personajes que enseñaban falsas reliquias. Guibert acusa á los obispos de que traficaban con huesos falsos, sin otro fin que el de saciar su sed de oro. Y aquel era el tiempo en que se fabricaban en grande las *grandes reliquias*. En los primeros años del siglo XVIII, un docto benedictino imprimió las obras de Guibert, y d'Achery aprueba mucho la indignación del abad de Nogent. ¿Se proponía solamente condenar los abusos de otra época? Los benedictinos de San Mauro publicaron por el mismo tiempo las obras del papa San Gregorio, también con el propósito de estigmatizar los piadosos fraudes: "Son supercherías sacrilegas, exclama, y no es cierto que los que las cometen sean hombres piadosos; son escamoteadores que se cubren con el manto de la piedad para explotar mejor la credulidad de los incautos. ¡Plugüera á Dios que nuestro siglo no hubiera visto tales abusos! ¡Plugüera á Dios que los obispos tomasen por fin medidas tardías, pero severas, contra tan vergonzosa explotación!," (1).

La interpelación hecha á los obispos no fué

(1) GREGORII MAGNI, *Opera*, Paris, 1705 (t. II, p. 709).

atendida, si hemos de juzgar por lo que á nuestra vista pasa. ¡Y cómo había de serlo! ¿No era el papa el que daba el ejemplo? Al aprobar en 1843 la túnica sin costura de Argenteuil, ¿no ha declarado implícitamente el papa que es falsa la de Tréveris, y que es falsa la que se encuentra en el relicario de Letrán? Pues, sin embargo, esas falsas reliquias están expuestas á la veneración de los fieles. Los obispos siguen el ejemplo que les da el vicario infalible de Dios: uno exhibe en Colonia las reliquias de las 11.000 vírgenes, reliquias de soldados romanos y de sus caballos; otro exhibe en Tréveris la túnica sin costura de Jesucristo, fabricada en el siglo XII por uno de esos piadosos fraudes que increpan los doctos benedictinos con tanta energía en el siglo XVIII. Eso procura la salud de las almas, se dice, porque fomenta la piedad. Pues para eso se hubieran debido mantener todas las supersticiones del paganismo, que también fomentaban la piedad. Y verdaderamente no se ha dejado de mantenerlas: la superstición no ha hecho más que cambiar de nombre: se llama cristiana en lugar de llamarse pagana. Asistamos á una de esas solemnidades que fomentan, según se dice, el sentimiento religioso; lo que pasó en Tréveris en 1512 y en 1844 nos enseñará lo que gana la religión en las exhibiciones de reliquias.

Acerca de la solemnidad de 1512 tenemos el relato de un testigo ocular, benedictino del convento de los Maximinos, cerca de Tréveris. Para vergüenza de nuestra época, se ve que hay más ciencia, más independencia de espíritu y más verdadera fe en el monje del siglo XVI que en los grandes hombres de la reacción. Dejemos hablar al benedictino: "Cuando se supo que la túnica sin costura de Nuestro Señor iba á ser expuesta á la veneración pública, acudieron en tropel los fieles de todos los países de la cristiandad, y la afluencia fué inmensa cuando el papa León X prometió indulgencias plenarias á los peregrinos." Como se ve, no era la *grande reliquia* la que más atraía; la túnica no era más que asunto de curiosidad; lo que atraía á los peregrinos, ó, por mejor decir, á los que tenían pecados que purgar, era la remisión de ellos que el vicario infalible de Dios les prometía. ¡Singular medio de ganar el cielo hacer un viaje á Tréveris! ¡Por lo menos, singular medio de enmendarse y de adelantar en amor á Dios y á los hombres!

¿Qué hacían los peregrinos en Tréveris? "Miraban con piadosa admiración la santa reliquia, depositaban ricas ofrendas en los altares, y se volvían después para sus casas alegres y contentos." En efecto, se veían libres del peso de sus pecados, y todos cuantos tenían recursos se llevaban una reliquia grande ó pequeña, que era una especie de amuleto con el cual se aseguraban un sitio en el paraíso. Clérigos y frailes rivalizaron en charlatanismo para sobreexcitar la credulidad de los peregrinos. "Cuidaron, dice nuestro testigo ocular, de adornar sus reliquias por diferentes medios: unos con oro, otros con plata, quien con la seda." Se diría que era una feria donde los comerciantes procuran estimular á los compradores con sus mil habilidades. "Se establecieron, continúa el monje benedictino, en las plazas públicas y en las calles, acompañados de pregoneros, cada uno de los cuales ensalzaba su mercancía á fuerza de pulmón." (1). ¿Pasan las cosas de otro modo por ventura en los tablados? Los canónigos, furiosos con aquella competencia, prohibieron á los frailes y á los clérigos que exhibiesen sus reliquias y á los comerciantes el que las vendiesen; querían tener el monopolio del negocio que se llama exhibición de la *gran reliquia*. Hé ahí cómo se procura la salud de las almas, mostrando viejos harapos y antiguos huesos. Nuestro benedictino pronuncia las palabras de *superstición* y de *simonía*. ¿Será que se procure la salvación de vendedores y compradores vendiendo cosas santas ó tenidas por tales, y fomentando las creencias supersticiosas de las masas? Lo mismo que si se vendieran venenos en los sitios públicos, recomendados por una autoridad sagrada como alimento sano y bueno.

Nuestro benedictino cuenta además una historia muy edificante de dos conventos que pretendían poseer entrambos el cuerpo de San Agricio, santo fabuloso que jamás existió. El convento de los Maximinos se hallaba en posesión, y tenían á su favor la piadosa tradición. Celosos de ese tesoro, los monjes de San Matías sostuvieron que tenían las reliquias de San Agricio convertidas en cenizas. Pero hé aquí que, edificando, encontraron huesos más de los que eran necesarios, decía su prior, para formar un cuerpo entero de santo, y en

(1) En GILDENMEISTER und SEYBEL se encuentra también la cita de ese benedictino, *der heilige Rock zu Trier*, p. 32-34.

el momento transformaron aquellos huesos desconocidos en San Agricio. Los monjes de San Maximino reclamaron, y el litigio se llevó ante el cabildo, el cual pronunció una sentencia digna del sabio Salomón: puesto que hay dos santos Agricios, se celebrará alternativamente su culto en los dos conventos. Como moral del cuento, añade nuestro benedictino que aquella multitud de reliquias que apareció súbitamente en 1517 anunciaba graves sucesos, y habla de la guerra, del hambre y de la peste. Había aún otra de que el autor quizá no fué testigo: la Reforma fué la consecuencia y la expiación de las prácticas supersticiosas que las gentes de Iglesia, comenzando por el papa, habían difundido con el fin de explotarla. La reacción católica de nuestro tiempo, que no es otra cosa más que la reacción de las supersticiones contra la libertad de pensar, ¿no vendrá también seguida de una expiación semejante?

II

Acabamos de oír á un religioso del siglo XVI, época en que los frailes no gozaban de muy buena reputación. Oigamos ahora al ilustre Görres. Es sensible decirlo, pero caracteriza á la reacción: el benedicto de 1512 es superior al profesor católico de 1844. Görres convierte en triunfo la afluencia prodigiosa de los peregrinos: "Es una nueva cruzada, exclama; ¡qué vergüenza! ¡qué mentis para los librepensadores! Ellos creían muerta la religión, y hé aquí que los creyentes se levantan y vienen por centenares de miles, por millones, á hacer un acto de fe. Durante trescientos años han estado los filósofos desempeñando el papel de abogados del diablo, y han perdido el tiempo. La fe católica es indestructible, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." (1).

Si en eso hay triunfo, será el triunfo de la necesidad humana. Si han acudido un 1.100.000 peregrinos, ha habido otros tantos engañados. ¿Es la simpleza un triunfo de la fe? Sí, de la fe católica. Pues enhorabuena que cante victoria; pero la medalla tiene su reverso. Görres compara los peregrinos del siglo XIX con los cruzados del XI; y en efecto, hay más de una analogía: cuando Pedro el

(1) GÖRRES, en los *Historisch-politische Blätter*, t. XIV, 9tes Heft.

Ermitaño predicó la cruzada, las masas le siguieron. Pero ¿cuáles eran los sentimientos religiosos que las inspiraban? Veneraban hasta la boricca que montaba el ermitaño, y recogían sus estercoladuras como reliquias. El amor de las reliquias se ha perpetuado á través de las edades. Si los cruzados reverenciaban los cagajones de un asno, nuestros peregrinos adoran un trapo de tela. Pero ¿qué tiene de común la religión con esa idolatría? Que la Iglesia se regocije, bien, lo comprendemos; eso prueba que puede especular audazmente con la ignorancia de los hombres, y que la especulación es siempre buena. Sin embargo, no desconfiemos tanto de la humanidad. Decir que ella es y que continuará siendo un rebaño conducido por unos cuantos malignos, es negar el gobierno de la Providencia. El estudio de la historia da la certidumbre de una marcha progresiva de la especie humana bajo la mano de Dios. Y nótese bien: las cruzadas, que Görres compara á las peregrinaciones de 1844, confirman por sí mismas el progreso del espíritu humano y dan testimonio contra la dominación de la Iglesia. Seguramente hombres que adoraban los cagajones de un burro, más bien semejan á brutos que á seres racionales. Verdad es también que las cruzadas atestiguan el poderío de la Iglesia; pero pasan pocos siglos, y la Europa cambia de aspecto. Los villanos ya no son brutos, y entre los caballeros se encuentran ya incrédulos. La dominación de la Iglesia se ve minada en sus cimientos. En el siglo XII, los defensores del papado triunfaban en buena ley; ¿sucedió ya eso en el XIV? Los ultramontanos pusieron iluminaciones cuando la Inmaculada Concepción; en los actuales momentos se dice que los cardenales están haciendo sus maletas para abandonar la Ciudad Eterna. Los devotos estaban radiantes de alegría después de la Saletta; actualmente el milagro excita la risa de todo el mundo, y ha comprometido los milagros de la Sagrada Escritura, sin los cuales no hay revelación. ¿Triunfan aún en 1866 los malignos con la peregrinación de 1844? Lo dudamos mucho. Pero eso ¿no probaría que las victorias de la superstición se vuelven contra la superstición y contra los que hacen de ella un instrumento de poder?

Görres nos ha obligado á hacer un retroceso á las supersticiones de la Edad Media. Los cruzados de Pedro el Ermitaño adoraban los cagajones de su asno; ¿eran menos estúpidos los peregrinos de 1844?

Pues cantaban en sus procesiones: "Santa túnica, orad por nosotros," (1). La santa túnica tomaba, por consiguiente, un alma, lo mismo que los santos cagajones. En el siglo XI, el asno y sus excrementos reemplazaban á Dios; en el siglo XIX es un pedazo de tela que se anima y que viene á ser la intermediaria entre la divinidad y los hombres; y ¿qué digo yo intermediaria? Los peregrinos creían que la túnica poseía una virtud milagrosa, cuyo efecto menor debía ser el abrirles las puertas del cielo. La túnica sirve de *fetiché* al pueblo, de la misma manera que los cagajones del asno. En materia de superstición, no cambia nada más que la forma. El fondo es siempre igualmente estúpido y degradante.

Los Alemanes son una raza poética; bella cualidad, pero que tiene también su reverso, ó sea el defecto contrario á esa cualidad. Görres y todos los hombres de su temple son católicos de imaginación, lo cual conduce á un catolicismo imaginario. Oponedles las supersticiones de las masas, y os responderán con bellas frases. La simpleza de la Inmaculada Concepción será para ellos una leyenda que expresa el ideal de la pureza original, y las romerías un homenaje tributado á los grandes hombres. Así como á los librepensadores les parece bien erigir estatuas á sus héroes, y así como aplauden á la Asamblea nacional cuando abre el panteón á Mirabeau y á Voltaire, ¿por qué no ha de ser un espectáculo mucho más sublime el de esas largas procesiones de creyentes que vienen á pagar un tributo de gratitud al Hombre-Dios homrando sus reliquias? Las romerías son la poesía del cristianismo, dice un teólogo alemán. Está bien, responde un rudo adversario; nada hay más bello, cuando es un poeta el que canta la piedad ingenua de los creyentes; pero la escena cambia cuando se mira esa devoción en el terreno práctico; entonces la ingenuidad se convierte en ignorancia crasa, en superstición grosera, frecuentemente en inmoralidad. ¿Ó es acaso que las orgías de los romeros y romeras de Tréveris hacen también parte de la poesía? (2). Lutero decía que el diablo sentaba su corte en los sitios donde afluían los peregrinos. ¿Quién tiene razón, el monje sajón, ó los románticos alemanes?

(1) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. I, p. 50.

(2) JOHANNES RONGE, en los *Sächsische Vaterlands-Blätter*, 14 de Enero de 1844, p. 30.

Hemos referido los severos juicios que pronunciaron los benedictinos contra los que exhibían falsas reliquias á la veneración de los fieles con pretensiones de lucro ó de dominación; ¿no debería ser aún más severa la reacción católica si fuese un verdadero movimiento religioso? Pues lejos de ello, demuestra una extremada complacencia con todas las supersticiones. En la Saletta cierra los ojos para no ver la locura y los abusos de explotación en la concurrencia de fieles que veneran á la Virgen Reparadora. Otro tanto sucede en Tréveris: los celosos no oyen la sacrilega oración de los peregrinos que invocan un viejo trapo como si fuera la divinidad; cierran los ojos y los oídos cuando hombres de ciencia demuestran que la *gran reliquia* es una gran superchería. Y aun los hay que van más lejos. ¿Qué importa la autenticidad de la reliquia? ¿Obsta eso para que la devoción de los romeros sea una verdadera devoción? ¡Hé ahí la moral que un canónigo predica á los futuros ministros de Dios! (1). Y nosotros volvemos á repetirlo. ¿Hizo mal Lutero en decir que el culto de las reliquias era una invención del diablo?

III

No es romántica y ultramontana toda la Alemania. Y ¿qué es lo que pensó de la exhibición de Tréveris la parte sensata de la nación? Se sonrojó de la gran *demonstración* que Görres no se cansaba de celebrar. "Es la demostración de la más crasa superstición," se decía; y esa superstición es tan estúpida, que los mismos que preparan y dirigen el espectáculo se rien de él, como los prestidigitadores de nuestras ferias no pueden tomar en serio los cubiletes que juegan. Lo único que hay de serio en esas representaciones es el producto, lo mismo para los charlatanes tonsurados que para los charlatanes laicos," (2). Un sacerdote católico se hizo órgano de esos sentimientos: Juan Ronge, conciencia honrada, se sublevó contra el escándalo que se ostentaba en Tréveris, y por medio de su voz, la conciencia pública condenó el vergonzoso comercio de las cosas santas y estigmatizó la tenebrosa obra á la que el clero prestaba su influencia y su

(1) RITTER, *Canónigo de Breslau, en una conferencia dada á los alumnos del seminario* (KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. I, p. 87).

(2) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung unserer Zeit*, tomo I, p. 52.

autoridad. ¿Qué importa que Ronge sea un sacerdote oscuro y un mediano talento? No es él el que habla, es la razón desafiada, es el alma ultrajada.

"Vuestra exhibición de la túnica sin costura, dice Ronge al obispo de Tréveris, es una fiesta de ídolos, porque las masas crédulas á quienes invitáis á venerar una reliquia de nuestro Señor confundan la reliquia con aquel de quien viene. Que ella sea auténtica ó no, el mal es el mismo: es que los fieles, en vez de adorar al Creador, adoran una obra humana. La religión está viciada en su esencia, y nos hallamos en plena idolatría." Ronge pone enfrente del cristianismo de Jesucristo el culto grosero que usurpa su nombre, y dirige al obispo este vehemente apóstrofe: "¿Por ventura no sabéis—como obispo debéis saberlo—que el fundador de la religión cristiana legó á sus discípulos y á sus sucesores, no su túnica, sino su alma? Su túnica, obispo Arnoldi de Tréveris, fué el lote de sus verdugos. ¿No sabéis—como obispo debéis saberlo—qué es lo que ha enseñado Jesucristo? Que Dios es un espíritu, y que quien le adora debe adorarlo en espíritu y en verdad. Y que puede ser adorado, no solamente en Jerusalén dentro de su templo, ó en Tréveris al lado de la santa túnica, sino en todas partes. ¿No sabéis—como obispo debéis saberlo—que el Evangelio prohíbe la adoración de toda imagen y de toda reliquia; que los cristianos de los tiempos apostólicos no las consentían en sus iglesias, y que la adoración de las imágenes y de las reliquias es una superstición pagana?" (1).

Ese grito de la conciencia, lanzado por un sacerdote católico, tuvo una resonancia inmensa; se arrebató de las manos el periódico en donde apareció la carta, y todas las publicaciones independientes la reprodujeron; algunos particulares la reimprimieron á su costa para repartirla entre las masas; cientos de miles de ejemplares circularon y encontraron ávidos lectores, á punto de que se consideraba una vergüenza no haber leído la protesta de Ronge, porque sólo las gentes de sacristía se negaban á leerla; y mientras que éstos le perseguían con sus maldiciones, llovían muestras de estimación y de respeto sobre el valeroso sacerdote que, por la libertad de su ánimo, se había atraído los rigores de la Iglesia. En toda la Alemania se

(1) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. I, p. 69-71.

llenaban de firmas las felicitaciones que se le dirigían, y con ellas coronas de laurel y medallas sin número (1).

¿De qué provenían esos testimonios de simpatía? Los defensores de la santa reliquia y de las supersticiones que á ella van unidas pretendieron que Ronge era protestante y que sus partidarios eran los de la odiosa Reforma. Esa acusación es una de las inexactitudes que los ortodoxos se permiten sin escrúpulo alguno: Ronge era católico, y católico permaneció aun después de ser excomulgado por la Iglesia; y en cuanto á las asociaciones religiosas que se formaron á su voz, ninguna tomó el nombre de *reformados*, llamándose católicos alemanes. Fué, pues, del seno de la Iglesia y con la firma de los católicos de donde se levantaron las protestas más vivas y más violentas contra la idolatría de Tréveris. Oigamos á Roberto Blum de Leipzig, uno de los mártires del 48: "Harto tiempo han guardado un prudente silencio los órganos de la opinión pública, los católicos por temor, los protestantes por delicadeza. Hé aquí por fin una voz libre y franca. *Voz de luz y de verdad que se levanta contra las tinieblas y la mentira*. La carta de Ronge da aliento á los tímidos, y se le saluda como al libertador de las almas; en efecto, viene á emanciparlas de la vergonzosa superstición que ha dirigido un insultante reto á la razón y á la conciencia." La palabra mentira resonaba en cada línea de ese manifiesto, mil veces más violento que la carta de Ronge, y el autor terminaba exclamando: "Si, estáis perdidos y sin remedio; estáis para siempre aniquilados, porque vuestra arma es la hedionda mentira," (2).

El autor de esa invectiva firmaba *Roberto Blum*, católico, y era un laico. También hubo sacerdotes y canónigos que desertaron de la Iglesia oficial, y la violencia de su lenguaje denunciaba el odio que se reconcentra en las almas contra una Iglesia que en pleno siglo XIX vuelve á las supersticiones de la Edad Media; y ¿con qué fin? Ella dice que para salvar las almas: "No, exclama un canónigo, es para extender y robustecer la dominación del papa y los jesuitas, para oprimir la libertad civil y política de los pueblos, para ahogar todo librepensamiento."

(1) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. I, p. 79-81.

(2) EDUIN BAUER, *Geschichte der Gründung und Fortbildung der deutsch-katholischen Kirche* (1845), p. 81-85.

miento, para cegar las almas extinguiendo la luz de la ciencia. Lo que más sublevaba la conciencia pública era la obra de oscurantismo que se realizaba en Tréveris. «¡Cómo!, exclama el canónigo alemán, ¡arrostran los misioneros los desiertos del Africa y la crueldad de los pueblos salvajes para destruir los ídolos, y nuestro clero se aprovecha de la reacción católica para restablecer el fetichismo, exhibiendo á la veneración de los fieles un viejo trapo fabricado por el fraude y patrocinado por la mentira! ¡Cegar la razón y corromper el sentido moral! ¿Es esa la misión que Jesucristo ha dado á sus apóstoles?», (1).

Los que conocen el verdadero estado del catolicismo no se admirarán de los estallidos de cólera que arrancaron del seno de la sociedad católica, á los cuales se asociaron muchos sacerdotes. Todos aquellos á quienes la instrucción ilumina, y que participan de las aspiraciones de la sociedad moderna, dejan por eso mismo de ser creyentes (a). Pero la inmensa mayoría de esos no creyentes siguen siendo en apariencia miembros de la Iglesia, á la cual están unidos por su nacimiento, por los vínculos de la familia y por las mil cadenas que forma la vida social. Los hay también que por indiferencia se prestan fácilmente á hacer el papel de hipócritas; pero aquellos que conservan alguna energía de inteligencia ó de corazón, aquellos que experimentan la necesidad de pensar libremente, ó la de creer y de sentir la fe de que participaban, sufren con el yugo de plomo que pesa sobre su razón y su conciencia; se doblegan, pero tascando el freno. Esos hombres, católicos por el bautismo, pero librepensadores por su grado de instrucción ó por sus creencias políticas, son los que se separaron con estruendo de la Iglesia á la voz de Ronge y á consecuencia de la vergonzosa superstición que se ostentaba en Tréveris.

En otro lugar examinaremos el movimiento católico alemán (2). Ese movimiento ha fracasado: «Nueva prueba, exclaman los hombres de lo pa-

(1) EDDIN BAUER, *Geschichte der Gründung und Fortbildung der deutsch-katholischen Kirche* (1845), p. 39-42.

(a) No dejan de ser creyentes, no; dejan de ser crédulos, lo cual es muy diverso. El autor se inclina siempre á hacer solidario al verdadero cristianismo de todos los errores, supersticiones y absurdos del catolicismo romano, y esa tendencia le lleva á conclusiones falsas y á apreciaciones exageradas y muchas veces injustas. Para ser creyente no es necesario, ni mucho menos, creer absurdos.—(N. del T.)

(2) Véase mi *Estudio sobre la religión del porvenir*.

sado, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. ¿Que han venido á ser esos millares de asociaciones cismáticas que se reunieron en concilio en Leipzig? Los fieles, extraviados un instante por efecto de pasiones políticas más bien que religiosas, volvieron á entrar en el seno de la Iglesia ortodoxa. Lejos de detenerse la reacción católica, ha cobrado nuevas fuerzas. Y en vano se grita contra la superstición; lo que los incrédulos quisieron condenar como prácticas supersticiosas no es más que una manifestación de la piedad cristiana. La exhibición de la santa reliquia, que atrajo ese inmenso número de creyentes, se señalará en la historia, no como la ocasión de un cisma, sino como uno de los hechos memorables de la renovación religiosa que caracteriza á nuestro siglo. Ya no existe Iglesia católica alemana, pero existe siempre un culto piadoso á las reliquias.»

El hecho está en favor de la reacción; pero los hechos por sí mismos no prueban nada; es preciso investigar las causas. Nosotros diremos por qué ha fracasado el cisma católico alemán. Los que dirigieron el movimiento habrían debido unirse al protestantismo liberal; es el único camino que puede conducir á la regeneración religiosa de la humanidad. Pero el que los católicos alemanes hayan desaparecido de la escena, ¿quiere decir que hayan vuelto á los altares que una vez abandonaron? En apariencia tal vez; pero se puede afirmar resueltamente que son creyentes en apariencia. Efectivamente, las causas que habían provocado su indiferencia ó su incredulidad subsisten y hasta se agravan con el recrudescimiento de la superstición; la Inmaculada, la Saletta y la guerra á muerte que la Iglesia hace á la libertad no son medios á propósito para atraer á la fe á aquellos á quienes la superstición católica y el despotismo de la Iglesia habían alejado de ella.

En definitiva, estamos en presencia de dos hechos; millares de romeros vienen á adorar en Tréveris un viejo trapo de tela, al que invocan como una divinidad, y millares de católicos, avergonzados de esa explotación de la necedad humana, abandonan abiertamente la Iglesia de Roma. Preguntar cuál de esos hechos tiene más gravedad y más importancia, sería lo mismo que preguntar si son la verdad, la razón y la buena fe las que gobiernan el mundo, ó la sinrazón, la estupidez y la perfidia. ¿Cuál es el testimonio que más pesa á los ojos de

la historia, el de los brutos que cantan: santa túnica, orad por nosotros, ó el de los hombres ilustrados, á quienes sublevan esas groseras supersticiones? Una cosa hay de cierto, y aquí está la moral de ese largo debate: la reacción católica especula con la necedad humana, y la especulación parece buena; prueba de ello las ofrendas de los romeros en Tréveris y el agua milagrosa de la Saletta. Pero la reacción de la superstición conduce faltamente á una reacción contraria: lleva á los

unos á la incredulidad, á los otros á sentir la necesidad de una fe más pura. Lo que parece una fuerza viene á ser una debilidad. ¿Aprovechará la lección á la Iglesia? Mucho lo dudamos. La reacción continúa, pero los triunfos que ha ganado en Tréveris, en la Saletta y en Roma, conducirán á la ruina del catolicismo. Hé aquí una profecía que se cumplirá más seguramente que las predicciones de la hermosa Señora y que las de aquellos que ensalzan hasta las nubes las santas reliquias.